

Tres escritores colombianos en la vida de Rubén Darío

Escribe: JORGE CARDENAS GARCIA

El centenario del natalicio de Rubén Darío, que en este año celebra el mundo hispanoparlante en el perímetro de dos continentes, dará ocasión a muchas reflexiones y será acaso un pretexto válido para examinar el balance de las letras americanas hasta el último cuarto del siglo pasado y desde ahí como desde un meridiano, el meridiano que trazó Darío, hasta las nuevas expresiones de la literatura y del arte.

No se trata en estas líneas de establecer lo que significó el modernismo, ni las posiciones jerárquicas de quienes a él pertenecieron, ni de señalar lo vivo y lo muerto en la poesía de Rubén Darío. Tampoco se pretende determinar las influencias que en su obra pudieron tener Víctor Hugo y Verlaine, Mallarmé o Leconte de Lisle, ni del afrancesamiento de su espíritu que le enseñó el sentido ondulante de la gracia y la ductilidad en el verso y en la vida.

Aunque no fueran desconocidas para Rubén Darío ciertas fases de la literatura colombiana, su trato personal con Santiago Pérez Triana y José María Vargas Vila y su conocimiento de Rafael Núñez, a su paso por Cartagena, le dieron una visión más directa de nuestro panorama intelectual, ya que nadie ha olvidado aquel soneto en que exaltó su paisaje, el alma lírica y el coraje de sus gentes cuando escribía: "Colombia es una tierra de leones, / el esplendor del cielo es su oriflama; / tiene un trueno perenne, el Tequendama, / y un Olimpo divino: sus canciones".

Tres hombres de ideas y sensibilidad del más contrario signo, y en quienes vio una manera de ser y de pensar que lo llevaron a clarificar lo que ya sabía de nosotros, fundaron sus nexos con la Colombia intelectual de su tiempo y por eso sus relaciones con el poeta de Nicaragua no están fuera de lugar al rendir un homenaje a su memoria.

Tal vez porque entre ellos y Rubén Darío no pudieron prosperar los torvos sentimientos que predominaron en "La República Literaria" de Saa-

vedra Fajardo, una amistad basada en las mejores virtudes del corazón y de la inteligencia mantuvo estrechamente unido al poeta con Pérez Triana y Vargas Vila y un cordial y recíproco respeto medió entre él y Rafael Núñez.

Cuando publicó Santiago Pérez Triana *De Bogotá al Atlántico*, uno de los más hermosos libros de la literatura hispanoamericana, que escribió originalmente en inglés con el título de *Down the Orinoco in a canoe* con palabras liminares de Cunninghame Graham, Rubén Darío hizo el prólogo de la edición castellana, que no solamente muestra el talento crítico del poeta sino que destaca la seductora personalidad de Pérez Triana.

Alrededor de la revista "Hispania" que dirigía Pérez Triana en Londres y de que Darío fue colaborador, se tornaron seguramente más cálidas las relaciones entre ambos y fue más comprensiva su vinculación espiritual.

Por los cambios debidos a la edad industrial en que vivimos y por otros afanes distintos de los de principios de siglo, Bogotá ha dejado de ser la ciudad "doctoral y alegre", la ciudad "del griego y del latín", que maneja "lo mismo el tirso que el bastón borlado" como dijera Darío en aquel prólogo, para convertirse en una capital cosmopolita y fría, indiferente y huraña a muchas preocupaciones del espíritu. Ya no se muestra como en los tiempos de Caro y Cuervo "vestida de gramática y coronada de lírica", según la expresión rubendariana, ni sueña en espejismos idealistas y en devaneos retóricos, sino que se preocupa ante todo por la técnica que le enseña la clave de un vivir más a tono con el ritmo avasallante de una era en que vale más la máquina que el hombre, los resultados impuestos por los computadores electrónicos que ciertas inalienables dignidades y preferencias inherentes a la condición humana.

No quiere esto decir que hayan desaparecido la sensibilidad para lo bello, y la permeabilidad ante valores sin los cuales no puede sustentarse ninguna auténtica cultura, aunque desde luego tales preeminencias hayan venido a ser el patrimonio de un círculo más o menos reducido, a pesar de los esfuerzos por extender la educación a vastos estratos de la sociedad.

Y es entre aquellas gentes, más escasas en número a medida que cobra volumen la civilización de masas, donde pueden conjugarse todavía, como decía Darío, dos conceptos al parecer antagónicos: la universidad y el bosque. Porque solamente un *schollar* a la manera de Pérez Triana, alimentado por el arte y la filosofía, aprendidos en la Universidad de Leipzig, se da en toda su plenitud la capacidad para comprender el paisaje poblado de selvas y de ríos presente en las grandes obras de la literatura americana, en que la naturaleza intenta anonadar al hombre que se recrea en su contemplación.

Lo mismo que decía Darío de Pérez Triana y de su actitud frente al trópico, en el viaje por el Meta, el Orinoco y el Vichada, podría repetirse de Isaacs en las pintorescas orillas del Cauca o de José Eustasio Rivera en las caucheras de la cuenca amazónica. En todos ellos la riqueza de la vida interior, refinada con excepción del creador de *María*, por las disciplinas universitarias, fue invariable estímulo y guía para su consciente compenetración con el medio.

Pero fue con Vargas Vila con quien Rubén Darío Mantuvo una amistad más estrecha y fraternal, no obstante el abismo que los colocaba en los antípodas de la política, en religión y en su misma posición ante la vida. Vargas Vila hubiera podido figurar entre "Los Raros", al lado de León Bloy, un Bloy ateo y jacobino sin otro ídolo que el de su propio yo divinizado en los ritos de una paranoia que lo condujo a los peores extremos de la fatuidad.

Se conocieron en Roma, y más tarde en París, Madrid y Barcelona; compartieron largas horas dedicadas quizá a la exaltación de ideales que admiraban por igual, y a la evocación de la patria lejana, que tanto el uno como el otro debieron de tener presente en sus miserias y sus grandezas, y que es lo que verdaderamente depura y hace perdurable la unión de los intelectuales en tierras extranjeras.

Tal vez por el lirismo que circula por su prosa y que por sobre tantas alzas y bajas alcanza alturas de pleamar, lo llamó Darío "único e inconfundible poeta, quizá contra su propia voluntad y autoconocimiento", agregando haber sido los "mejores camaradas en Apolo y en Pan".

Vargas Vila, inventor de esa escritura "en escalones" de que habló Ramón Gómez de la Serna a propósito de una excelente página de aquel sobre Valle Inclán, y aludiendo a su peculiar modo de escribir en renglones de desigual longitud, tuvo ciertamente innumerables altibajos en su concepción estética, y entre sus deplorables cursilerías surgen aciertos e innovaciones de expresión difíciles de negar cualquiera que sea el juicio de los críticos.

Más que por la asimétrica disposición de sus frases, el símil de Gómez de la Serna es una afortunada caracterización de su estilo. Realmente como por una escalera ascendió el escritor colombiano hasta planos de envidiable maestría en el decir y en el pensar, y también bajó por ella hasta niveles inferiores de la producción literaria.

Por su parte, Vargas Vila, que fue ante todo un panfletario, el primer panfletario de América en tiempos en que el libelo era el único instrumento eficaz para hacerse oír de los pueblos y de los tiranuelos que los sojuzgaban, y que apenas suscita la hilaridad en una época de transacciones y compromisos como la nuestra, que atempera la verdad con un lenguaje de terciopelo, escribió en elogio de Rubén Darío y con este mismo nombre, un libro tierno y sentimental en que se evoca la vida del poeta en términos de intimidad y admiración.

Tal era el fervor de Vargas Vila por Darío, que no declinó ni cuando el autor de *Prosas Profanas* aceptó los honores que le confirieron Núñez y Caro, contra quienes se encendió hasta el rojo vivo la ira del panfletista en el exilio. Darío no tenía afición por la política y ni siquiera en su país podía tachársele de veleidoso o desleal con las ideas y los hombres que iban en busca del favor popular, y menos cuando como extranjero fue ungido con los dones que le prodigaron los detentadores del poder.

Sin embargo, su amistad con Darío no impidió a Vargas Vila escribir, ya fallecido el poeta, en un artículo de "Némesis" en octubre de 1921: "tanto Darío como Nervo, permanecieron al margen de las luchas

sociales, no sintieron el amor del Pueblo, ni el dolor de sus infortunios; le negaron el patrocinio de su Musa, una Musa arrodillada ante el poder, y deslumbrada por el resplandor de sus dádivas, amaron los honores más que el Honor; tuvieron la pasión de los galones y el culto del entorchado; y a Nervo le tocó morir bajo el peso de la librea, que Darío había llevado años atrás con un cándido orgullo”.

Cuando de regreso de España a Nicaragua visitó Darío a Núñez en Cartagena, ¿lo hizo por la admiración que le causaba su obra de “célebre publicista y poeta” y “una de las más grandes figuras de ese foco de superiores intelectos que es el país colombiano”, como de él dice en su autobiografía, o porque intuía poder alcanzar de Núñez un nombramiento en el servicio exterior, como en realidad lo obtuvo por su insinuación al señor Caro, entonces vicepresidente de Colombia?

¿Sería sincero en Rubén Darío el calificativo dado a Núñez de “célebre poeta” si se tienen en cuenta la disparidad en la concepción literaria de uno y otro, y el que no fueran precisamente las preocupaciones filosóficas que tentaban a Núñez, de la predilección del nicaragüense? Acaso no había exageración en Darío al escribir que “el nombre de Rafael Núñez ha de resplandecer más tarde en una cierta y definitiva gloria”, pero no quiere esto decir que lo entusiasmara la dura y pedregosa versificación de Núñez y esa poesía suya tan fuera de la estética de Darío, seducido como todo el modernismo por la opulencia de la rima y la musicalidad de las palabras, ni tampoco con excepciones como “Lo fatal”, por las reflexiones sobre el ser y el destino del hombre, reflejadas en la árida y desolada poética de Núñez.

Por una generosidad espiritual que lo enaltece, prefirió Núñez, aunque violando los principios de una recta administración pública, puesto que ninguna función tenía entonces que cumplir como cónsul en Buenos Aires, indicar para tal cargo a un extranjero ilustre antes que a cualquier oscuro compatriota de entre los muchos que merodean en torno a este codiciado género de prebendas.

Y gracias a esta protección fue como el poeta de *Cantos de Vida y Esperanza* logró conocer a París y hacer contacto en la capital francesa con Moreas, Catulle Méndes y otras celebridades del momento y penetrarse del espíritu que predominó en casi toda su labor intelectual. Jamás se curó Darío de ese “galicismo mental” de que lo acusara don Juan Valera, no siendo desde luego extraños a su obra los ingredientes de un indudable americanismo, y que contribuyó definitivamente a la grácil y armoniosa línea de su verso, que rompió la rigidez de una métrica que no había conseguido antes de él libertarse de su anquilosamiento y de la monótona reiteración de una temática que ya había agotado hasta las más frescas fuentes de creación.

Sea como fuese, una reverente inclinación ante la esclarecida inteligencia de Núñez, un agradecido reconocimiento por una dádiva oportuna o ambas cosas a la vez, el hecho es que Darío no se mostró parco en alabanzas al escritor de *El Cabrero* y evocó magníficamente su recuerdo en un breve poema que en su primera estrofa dejó traslucir así su sobrecojimiento ante el misterio:

*El pensador llegó a la barca negra,
y le vieron hundirse
en las brumas del lago del misterio
los ojos de los cisnes.*

.....
*A lo lejos alzábanse los muros
de la ciudad teológica, en que vive
la sempiterna paz. La negra barca
llegó a la ansiada costa, y el sublime*

*espíritu gozó la suma gracia;
y, ¡oh Montaigne!, Núñez vio la cruz erguirse,
y halló al pie de la sacra vencedora
el helado cadáver de la esfinge.*